

Antonio Caparrós. Prólogo a *La Psicología y sus perfiles. Introducción a la cultura psicológica*. Barcelona: Barcanova, 1984.

Cuando, desde posiciones académicas, se presenta la psicología de nuestros días o se trazan las grandes líneas de su desarrollo histórico se la concibe fundamental y casi exclusivamente como una disciplina *científica*. Es decir, como una empresa colectiva e institucionalizada orientada a unos objetivos e ideales explicativos, como actividad focalizada en la resolución racional —la ciencia se comprende a sí misma como paradigma de la racionalidad en la actividad resolutoria de problemas y así es reconocida en las instituciones sociales— de problemas empíricos y conceptuales específicos —¿qué condiciones ambientales determinan la agresividad infantil?, ¿cómo influyen los factores motivacionales en la percepción de los fenómenos sociales?, ¿es posible reconstruir matemáticamente la teoría de la atribución de Heider?— mediante instrumentos cognoscitivos, básicamente teorías científicas.

No sería difícil contrastar esta imagen con la que tiene de la psicología el hombre de la calle, la gente ajena a la psicología académica. Y es que actualmente muchos son los que de una forma u otra conservan esta imagen. En nuestra sociedad ha dejado de ser un saber y una actividad científica de unos iniciados y ha pasado a convertirse en un cuerpo de conocimientos y técnicas popular y de masas, que lo miran y consideran bajo la perspectiva de muy diferentes problemas psicosociales que les afectan, como posible fuente de sus soluciones.

Justamente el crecimiento explosivo de la psicología —de sus profesionales, de su literatura, de sus cátedras universitarias, de sus estudiantes y estudiosos, etc.— en todas las áreas geográficas, encabezadas por los Estados Unidos, su punto de referencia obligado, es una de las características de nuestra vida contemporánea, sin duda porque la dinámica histórica general, social, cultural y científica la han hecho tan necesaria como posible. Socialmente necesaria y posible, el hecho es que la psicología se ha forjado una imagen popular que quizá tenga más que ver con la de una *profesión* competente en problemas relacionados con la enfermedad y la salud mentales, con el aprendizaje y los trastornos escolares, con la dinámica de grupos y la psicopatología del trabajo.

Y, en todo caso, con una presunta actividad *tecnológica* investigadora orientada a la elaboración de las técnicas conductuales y sociales con las que los psicólogos profesionales afrontan los problemas prácticos de la gente que acude a ellos. Las expectativas sociales respecto a los psicólogos van más en la dirección de la psicoterapia y de la intervención psicológica, de la creación del clima laboral y de ambientes ecológicamente equilibrados o de la optimización de los rendimientos escolares que en la de una investigación estrictamente científica, con el objetivo de una búsqueda y formulación de leyes psicológicas que expliquen al hombre sus conductas y sus vivencias. En pocas palabras, diríamos que al psicólogo se le sitúa hoy dentro del grupo humano de los médicos y los ingenieros y no en el de los fisiólogos y los físicos.

Esta imagen técnico-tecnológica, aunque no siempre correctamente plasmada, con frecuencia cargada de elementos espúreos y unilateral o torpemente expresada, no necesariamente es incorrecta por no coincidir con la académica. En su haber tiene dos hechos capitales. En primer lugar, el gran incremento en las dos últimas décadas de aspirantes a cursar los estudios universitarios de psicología, incremento que se refleja en el de los psicólogos profesionales y en el del número de miembros de sus sociedades y colegios profesionales.

Es evidente, en segundo lugar, que la actividad investigadora, básicamente realizada en ámbitos universitarios y académicos, viene recibiendo retroactivamente el impacto y el influjo de esta creciente profesionalización, determinando su orientación. No puede permanecer ajena a las exigencias de los profesionales —el futuro deseado de sus estudiantes— y tiene que orientarse hacia unos objetivos más tecnológicos que estrictamente científicos, hacia la elaboración y control de programas y técnicas de intervención que posibiliten la configuración de conductas según metas establecidas y no tanto hacia el conocimiento de la estructura y funcionamiento de esas conductas.

No se significa que la investigación tecnológica no es auténtica investigación innovadora ni que no se hace mediante los procedimientos que proporciona el método científico y muy frecuentemente basándose en conocimientos científicos. Sin embargo, es evidente que la investigación científica tiene unos objetivos diferentes que no son los tecnológicos y en este sentido son dos investigaciones de naturaleza distinta, por muy relacionadas que estén. Sobre los problemas que plantea a la psicología esta diferencia y estas relaciones, así como su naturaleza, alcance y entramado, nos ocuparemos en páginas posteriores.

Por eso, esta introducción a la psicología y a su cultura lo es también a la psicología como *actividad tecnológico-investigadora* que trata de elaborar y optimizar los instrumentos técnicos que se utilizan en la *actividad profesional de naturaleza técnico-práctica*. Una actividad investigadora que, por lo demás, en la medida en que es posible, se ha de valer de los resultados de la actividad científica estricta y de sus métodos. Lo cual supone, a su vez, el reconocimiento de lo que correctamente expresa aquella imagen popular y la exigencia consecuente de una corrección de toda imagen de la psicología, por muy académica que sea, que la pretenda reducir a una mera actividad científico-básica.

Es cierto que en la mayor parte de las exposiciones de la psicología contemporánea se integra lo mejor de esa investigación tecnológica —tradicción psico-

métrica y proyectiva, psicoanálisis, terapias conductuales, programas compensatorios, etc.— sobre el fundamento de las múltiples, íntimas y mutuas conexiones entre esa investigación y la científica. Esto, no obstante, en la medida en que se supone que toda actividad investigadora genuina es la científica y *sólo ella*, es insuficiente, falsa la naturaleza real de la psicología y oculta, y por tanto no afronta, los numerosos problemas que se derivan de la complejidad de las relaciones entre las dimensiones científica, tecnológica y profesional de la psicología.

La imagen sesgada y unlitareal que con frecuencia transmiten los psicólogos académicos contiene, sin embargo, un componente importante y de gran alcance al que hay que reconocer toda su significación: la *relevancia* y *primacía* que hay que atribuir a la dimensión científica dentro de la tridimensionalidad profesional-tecnológica-científica de la psicología contemporánea.

Primacía y relevancia que se fundan, en primer lugar, en razones *históricas*. Y es que la psicología como conjunto de saberes, técnicas, actividades investigadoras y profesionales con *identidad* diferenciada y autónoma es el resultado de un proceso aún en marcha que se inicia en la década de los setenta del siglo pasado con la fundación y el establecimiento de la psicología como *ciencia*, proceso que a lo largo de toda su historia ha tenido, además, a ésta como su motor y su guía.

Se basa, en segundo lugar, en razones *sistemáticas* y de fondo. Porque en la época de los inicios de la psicología científica ya comienza a ser firme e irreversible en la práctica real, y no sólo en ciertos programas de inspiración baconiana, el compromiso entre ciencia y tecnología, de forma que ésta fuera el resultado de una investigación específica guiada por el método científico y basada en algunos casos en conocimientos científicos y no sólo ordinarios.

Esto no implica que en la psicología, como en otros dominios prácticos y científicos, no hubiera ya un largo pasado de técnicas diseminadas en escritos filosóficos —desde los presocráticos hasta Kant o Herbart, pasando por Platón, los estoicos, Descartes, Locke o los filósofos escoceses—, literarios, educacionales o médicos. Técnicas basadas en algunos principios psicológicos muy generales e intuitivos, articulados pragmáticamente mediante observaciones empíricas, con frecuencia agudas y certeras, pero no por eso científicamente controladas, sino realizadas en contextos prácticos. Tampoco implica la ilusión de que la psicología científica absorbiera desde un primer momento —o aun hoy— todas estas técnicas y saberes sometiéndolos a una especie de reelaboración. O la de que desde entonces todas esas técnicas cayeran en el olvido y fueran sustituidas por otras científico-tecnológicamente elaboradas.

Implica simplemente que la sociedad desde entonces y cada vez más espera, exige y promueve que determinados profesionales llamados psicólogos le resuelvan a ella y a sus miembros determinados problemas mediante instrumentos tecnológicos —tests, técnicas de recuperación de una habilidad sensomotriz, un programa grupal para modificar la conducta de padres de niños agresivos, etc.— que se elaboran y optimizan mediante una investigación específica, que llamamos tecnológica, llevada a cabo con procedimientos científicos y por individuos con formación científica y, en la medida de lo posible, fundada en *resultados* de la investigación científica.

En la medida de lo posible porque, a menudo, los problemas prácticos, la conciencia de los mismos y la urgencia de sus soluciones surgen mucho antes de que la ciencia disponga de los conocimientos necesarios para fundar una investigación que facilite los instrumentos de intervención que puedan garantizar esa solución. La conciencia de que la conducta agresiva es un problema social que urge soluciones, no ha surgido en el momento en que la ciencia nos ha revelado la naturaleza psicológica de la agresión. Ni, por supuesto, los psicólogos profesionales o la investigación tecnológica pueden desentenderse de ella, con lo que ya tienen y lo que ya pueden, a la espera de tal revelación.

Por otra parte, el ejercicio responsable de la psicología como profesión es irreversiblemente impensable, al margen de la psicología como ciencia. Adquirir unas técnicas sin adquirir al mismo tiempo el conocimiento fundado y crítico de los saberes psicológicos —y de su naturaleza, científica o no— y de los procedimientos —científicos o no— que las han fundado a través de una determinada actividad tecnológica sería condenar a los psicólogos profesionales a una práctica ciega, sin plasticidad racional y sin capacidad de autocrítica.

Es cierto que las técnicas psicológicas hoy disponibles no se fundan todas ellas en conocimientos teórico-científicos bien establecidos, aunque sí en muchos casos se han elaborado con métodos científicos. También lo es que los psicólogos profesionales no pueden afrontar todos los problemas que se les presentan con los instrumentos y reglas que les proporciona la investigación psicológico-tecnológica. Pero justamente por esto necesitan unos conocimientos científicos y unos procedimientos metodológicos rigurosos, a partir de los cuales puedan reajustar y reelaborar de forma racional y permanente las técnicas aprendidas en función de los nuevos problemas prácticos surgidos en sus situaciones profesionales.

Aunque esperamos que a lo largo de las páginas que siguen se clarificará y perfilará el sentido de esta introducción, preferimos anticipar ya unas breves consideraciones matizadoras. En primer lugar, ha de quedar claro desde el principio que del hecho de que la psicología sea una ciencia y de que sus profesionales se formen de acuerdo con sus cánones y conocimientos no se sigue ni que los psicólogos tengan *de iure* que fundar toda su práctica en esa ciencia y en la tecnología derivada de ella ni que sus instrumentos utilizados *de facto* puedan ser acuñados sin más como «científicos». Nuestra ciencia es aún muy ignorante y los problemas psicosociales son ya muy urgentes.

Sería un error inferir de todo lo dicho que la psicología como ciencia tiene su *única* o *principal* justificación en su relación fundacional con la tecnología. Ésta es una de sus funciones, sin duda. Pero, al margen de nuestras ideas y de lo que de ellas pueda inferirse, sería un error de bulto, estratégico y de fondo, planificar la investigación científica partiendo de tesis que sostengan que su sentido es sólo la investigación tecnológica y la intervención técnico-práctica.

Finalmente, una vez reconocida la primacía de la psicología como ciencia, hemos de poner de relieve que, en la actualidad, la psicología es una red o entramado de programas de investigación institucionalizados, tanto de naturaleza científico-básica como tecnológica, y de actividades técnico-prácticas, entramado en el que tiene lugar una serie de interacciones muy diversas y complejas que lo determinan y le confieren unas propiedades específicas y peculiares. Red o entra-

mado, además, no sólo por las interacciones o intercambios de conceptos, observaciones, problemas y métodos; también porque un mismo dominio psicológico —ansiedad, agresión, motivo de logro, bilingüismo, etc.— puede ser al mismo tiempo objeto de estudio o intervención bajo muy diferentes perspectivas y estrategias no siempre alternativamente, aunque en abstracto pudieran serlo.

Estas ideas, por lo demás, tienen mucho de programático. Pero no sólo por sus referencias a la tecnología, incluida la dimensión técnico-práctica y profesional, que es, en definitiva, la que da sentido a toda tecnología. También por el reconocimiento explícito que hace de la relevancia y primacía de la psicología como actividad y conocimientos científicos. De ahí el lugar y el alcance de nuestras reflexiones sobre la cientificidad de la psicología en esta obra. Partimos del supuesto de que la identidad de la psicología es el resultado de su vinculación histórica y sistemática al método científico, vinculación que, en definitiva, determina tanto su dimensión científica como su dimensión tecnológica y profesional en la medida en que éstas pretenden ser *racionales*, lo más posible, ajustándose a procedimientos explicitados, ajustados a reglas y susceptibles de repetición.

Las páginas que siguen no son ajenas a nuestras publicaciones anteriores sobre la *noción kuhniiana de paradigma* y su aplicación historiográfica a la psicología. Todo lo contrario. Hay que comprenderlas y explicarlas en continuidad con aquéllas y como resultado de un mismo programa de investigación iniciado hace ya casi una década. Un programa que, en definitiva, buscaba un marco explicativo para la historia de la psicología y que partía del supuesto de que la actividad psicológico-científica no era explicable, *en lo que tenía de más significativo*, según el modelo positivista causalista-legal, de cobertura-legal o subsuntivo, en cualquiera de sus formas o versiones.

Más bien suponíamos, y suponemos, que los acontecimientos históricos y humanos que constituyen históricamente la psicología, como todo suceso histórico, han de comprenderse en su configuración única e irrepetible, pero situándolos, *al mismo tiempo*, en sus interacciones significativas dentro de y en relación con sus *sistemas de cultura*. En cuanto científicos, el sistema de cultura de aquellos acontecimientos psicológicos sería *fundamentalmente* la «ciencia».

Una ciencia que se desarrolla y constituye de forma histórica, justamente porque los protagonistas de tales acontecimientos interactúan crítica y reflexivamente con ella como su sistema de cultura, del que aceptan y asumen que les dé significado a sus acciones, pero de forma racional y no ciega. En la medida en que esto es así los acontecimientos históricos, evidentemente, pueden tener y de hecho tienen unas *regularidades*: las resultantes de que los sistemas y subsistemas de cultura, como estructuras que proporcionan valores, fines u objetivos y medios para obtenerlos, regulan significativamente, y no por leyes, los acontecimientos y las acciones históricas. De alguna forma los paradigmas científicos serían como subsistemas o formas históricas de los sistemas de cultura que constituirían las ciencias particulares.

Al asumir tales supuestos nos situábamos en la tradición de la historia del siglo XIX alemán y de su filosofía (Droysen, Dilthey, etc.) recuperada en los últimos años por la filosofía analítica poswittgensteiniana (Dray, Anscombe, Melden, Taylor, Winch, Von Wright, etc.), y desde posiciones más fenomenológicas

por Gadamer, al oponerse a Hempel y otros positivistas por sus intentos de interpretar causalmente la acción humana. En este sentido pretendemos comprender los acontecimientos que han hecho la psicología como *acciones humanas*, como conductas intencionales y racionales, como conductas conscientes dirigidas a objetivos establecidos en determinados sistemas de cultura, que, por supuesto, toman cuerpo y son vehiculados por instituciones organizativas.

Comprender la historia de forma intencional o significativa exige una *explicación* de la misma a partir de premisas singulares –y no leyes o enunciados universales– que formulen el *trasfondo motivacional-cognoscitivo* del actor, individual o colectivo, psicólogo o comunidad psicológica. Exige, pues, una explicación que indague, investigue y establezca los objetivos, ideales o fines de las acciones protagonizadas por los psicólogos, así como sus cogniciones acerca de los instrumentos o medios para lograrlos. Establecer tales objetivos y tales cogniciones es explicar un acontecimiento humano.

Por supuesto, los psicólogos que han hecho nuestra disciplina han podido tener y han tenido un trasfondo motivacional cargado de motivos, objetivos, valores o cogniciones individuales, ideográficos, subjetivos, torcidos, políticos, jerárquico-institucionales, etc. Y todo historiador de la psicología debe trabajar con la hipótesis de tal posibilidad real. Pero en cuanto historiador de la psicología, ha de establecer un marco teórico que guíe su búsqueda e indagación. Un marco que categorice el sistema cultural, con sus tradiciones, que de forma más o menos sutil proporciona los objetivos y cogniciones sobre los medios que constituyen el trasfondo motivacional y así regula la conducta intencional y significativa del psicólogo *en cuanto tal* psicólogo.

Una manera de establecer este marco sería asumir un concepto de ciencia más o menos convencional y de modo más o menos explícito. En cuanto científicos, los psicólogos tienen la ciencia como sistema cultural. Esta manera de proceder, sin embargo, nos parecía y nos parece insuficiente. Las ciencias son sistemas culturales en desarrollo histórico y la noción de Kuhn, elaborada en el seno de la historia, se nos presentaba y se nos presenta como un punto de partida heurísticamente fecundo para entender los sistemas culturales de la ciencia en su historia, en sus cambios, que como tales también serían estructurados, a través de los múltiples subsistemas que vehiculan esta dinámica histórica y que confieren significado específico y concreto a las sucesivas acciones humanas que hacen las historias científicas. Más, cuando la noción de paradigma incluye la dimensión *comunitaria e institucional* de las ciencias.

La concepción de la ciencia que constituye la matriz de la noción de paradigma, en definitiva, posibilitaba, creíamos y en parte seguimos creyendo, la explicación de los acontecimientos históricos de la psicología al proporcionar la *reconstrucción situacional* de sus agentes, sus objetivos, sus valores, sus conocimientos, sus razones, sus instrumentos cognoscitivos disponibles, etc. Con el paradigma se trataba y se trata, por tanto, de un instrumento conceptual para reconstruir la *lógica de las situaciones*, que facilitan las premisas particulares que *explican* las acciones históricas.

Este y no otro es el significado último de nuestro uso de los paradigmas. Por eso nuestra vuelta a ellos en psicología, en la segunda parte de este escrito,

intenta poner de manifiesto más que en otros ensayos anteriores su función re-constructora de los trasfondos motivacionales, de las lógicas de las situaciones, que explican los comportamientos históricos de los agentes comunitarios de la psicología. Carece, pues, de sentido para nosotros una lectura superficial –muy frecuente entre psicólogos– del concepto de paradigma de Kuhn que conduzca a su utilización como *simple* instrumento de ordenación de escuelas o de periodización cronológica.

Nuestra vuelta a los paradigmas se justifica también por las *novedades* y *reajustes* que aporta a nuestras interpretaciones anteriores. Novedades y reajustes que se derivan del análisis interno del modelo kuhniano, de la recepción ponderada de sus críticas, de su comparación con otros modelos alternativos y, sobre todo, de su contrastación con la realidad histórico-psicológica –que es lo que pretendemos reconstruir racionalmente, pero con racionalidad histórica– a partir de los datos proporcionados por sus fuentes. Y todo ello llevado a cabo con un uso del paradigma que ha procurado conjugar la actitud crítica y la *persistencia* que requiere el aprovechamiento de las posibilidades de cualquier teoría que se ha justificado inicialmente con algún éxito o innovación. La ciencia avanza por «ensayo y error». Pero sólo la persistencia en los ensayos hace posible constatar los errores.

Constarlos para aprender de ellos. Precisamente ahondar en su ocurrencia y naturaleza, analizar cómo y por qué la noción de paradigma no siempre se muestra de forma total o parcial como una categoría adecuada para la reconstrucción de la psicología, es un camino para llegar a conocer mejor tanto la noción de paradigma como la condición y las lógicas situacionales de los psicólogos. Cuáles sean esos errores, esos reajustes, esas inadecuaciones, esas lógicas situacionales, es buena parte del contenido de estas páginas.

En cualquier caso, nuestra tercera parte dedicada a la tecnología psicológica no hubiera sido posible si el uso persistente contrastado y crítico de la noción de paradigma no nos hubiera llevado al convencimiento de que buena parte de la psicología no es ciencia, no es reconstruible como paradigma científico. Claro que tampoco hubiera sido posible si nos hubiéramos conformado con decir que era otra cosa. Otra cosa, pero ¿cuál? De ahí se derivan nuestros *ensayos* de reinterpretación del psicoanálisis, de la tradición psicométrica, de tantos otros desarrollos y prácticas psicológicas. Y lo mismo cabe decir de nuestra versión del funcionalismo, del establecimiento de la investigación de dominios, del análisis específico de la naturaleza de los paradigmas psicológicos y de sus relaciones con las teorías, etc.

Por eso nuestra vuelta a los paradigmas está lejos de una actitud escolástica que substantiviza los conceptos, que no tolera sus reajustes, que no los deja madurar y, en su caso, morir en su contraste con la realidad que tratan de reconstruir. Añadamos de paso que no es ésta la única actitud escolástica. Hay otras escolásticas, unos usos escolásticos como negativos que desde la prepotencia intelectual gustan de descalificar los conceptos –otra cosa, por supuesto, es no usarlos, optar por otros, etc.– sin argumentos o análisis críticos, cosa que con el concepto de paradigma ha ocurrido con tanta frecuencia, casi, como su uso estereotipado y «a la violeta» para referirse a cualquier tipo de teoría, modelo o sis-

tema conceptual y, además, al margen de su genuino y complejo significado o de la concepción de ciencia y desarrollo histórico que toma cuerpo en él.

Justamente para evitar este riesgo nos hemos atrevido a perfilar los contornos de la actividad de los psicólogos cuando hacen ciencia, en nuestra primera parte. No es, pues, un tratado que se pretenda exhaustivo y global sobre el conocimiento científico, sus problemas y sus métodos. Trata, simplemente, de trazar unas líneas que diseñen una concepción de la actividad científica y de sus problemas que sirva de trasfondo coherente —otras coherencias son posibles— con y para una interpretación paradigmática de la historia de la psicología. Por eso está escrito a la luz de ésta y de los problemas que plantea su reconstrucción paradigmática.

En realidad, perfiles son también las otras dos partes. Todo análisis hecho con actitud crítica y abierta al reajuste permanente lo es. Más cuando, como en este caso, se entra en un terreno tan problemático, donde se palpan problemas que no toleran más solución que la del ensayo. Si algo pretende nuestra obra, en este sentido, es problematizar, dejar claro que en la psicología son muchos y muy importantes los asuntos sobre los cuales apenas cabe otra cosa que trazar sus perfiles. No establecer sus límites definitorios, fijar lo que hace su «fin». Ante estos problemas se profundiza más trazando contornos con líneas delicadas y suaves. Que se sepan hechas desde perspectivas que puedan cambiar esos contornos recién trazados. Que se quieran tan finas que hayan elegido el destino de ser borradas.

Finalmente, unas notas de agradecimiento. Dos individuales: A José Manuel Bermudo, sin cuya iniciativa y aliento estas páginas no sabemos cuándo, cómo ni dónde se hubieran escrito. A César Coll, con quien estamos comprometidos y empeñados en su proyecto de investigación ya en marcha sobre la psicología educativa, como tecnología, en continuidad con la tercera parte de este libro, y al que debemos múltiples intercambios de ideas inapreciables para el desarrollo de los perfiles tecnológicos. Y dos colectivas, pero tan personales como las individuales: A mis alumnos de psicología, pacientes, que no pasivos, espectadores y con frecuencia correalizadores de los experimentos mentales que subyacen en estas páginas. A mis colegas del Departamento de Psicología General, de la Universidad de Barcelona; ellos saben que han sido las fuentes y los cauces de donde ha surgido y por donde ha discurrido lo mejor de ellas.

Universidad de Barcelona, enero de 1984